

**Eduardo Fernández Jurado**

# MADRUGADA SIN RETORNO

*Doce Calles*

*Eduardo Fernández Jurado*

MADRUGADA SIN  
RETORNO

EDICIONES DOCE CALLES

1ª Edición: abril 2020  
Diseño de portada: Doce Calles  
Fotografía: Ángel Luis González

© de los textos: Eduardo Fernández Jurado

© de la presente edición:  
Ediciones Doce Calles S.L.  
Apdo. 270 Aranjuez. 28300 (Madrid)  
Tel.: (+34) 91 892 22 34  
docecalles@docecalles.com

ISBN: 978-84-9744-275-6  
Depósito legal: M-8677-2020

Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados pueden ser constitutivas de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos. Dirijase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

*«A la memoria de los fusilados en el Cementerio del Este durante la represión franquista (1939-1944)»*

*«A Ángel Luis González Galazo y a todos los que despiertan la memoria dormida»*

*«A Sergio Olid por su interés, gracias»*

*«A Alicia Mencias, por todo lo que nos das»*

## ÍNDICE

Prólogo.....	11
Introducción del Autor .....	13
La Espantá. Historia de una decepción .....	15
La enfermedad .....	17
El discurso.....	27
Los hermanos .....	37
Las elecciones .....	45
La sublevación .....	51
El verano .....	61
La guerra .....	85
Mi madre.....	95
El final .....	107
Pablo.....	115
Torrijos.....	135
El hambre .....	151
14 de abril .....	171
La sentencia.....	183
La muerte.....	197
El archivo.....	211
Bibliografía consultada .....	219
Biografías.....	223
Anexo.....	227

## PRÓLOGO

La ya famosa Memoria Histórica es algo que acompaña a la política de este desdichado país desde que acabó nuestra Guerra Civil; se puede afirmar sin miedo al error, que ya este es un tema histórico.

Así, Eduardo Fernández Jurado, lo aborda desde un punto empírico y estructura los capítulos de *Madrugada sin retorno* de manera trifásica: en primer lugar, cuenta la historia de su protagonista, hombre que con fría evidencia presiente que su muerte está cercana y su deseo (podríamos hablar de “su última voluntad”) es encontrar los restos de su hermano mayor, ajusticiado por las medidas vengativas que llevaron a cabo los vencedores de nuestra contienda intestina durante la incipiente posguerra; de forma inmediata, el relato es interrumpido por cierta suerte de archivo histórico que va exponiendo los hechos acontecidos en España desde la proclamación de la II República hasta los años seguidamente posteriores a nuestra Guerra Civil; por último, el relato narra la historia de una familia durante esos mismos años. Hacia el tercer capítulo de la obra (*Los hermanos*), el lector va inquiriendo que esa tercera parte de los capítulos es lo que en la actualidad se conoce como una “precuela” del primer relato; o mejor, que nuestro relato principal, el que inicia la obra, es la secuela del último, el que la cierra.

Expuestas así las cosas, esta última novela de Eduardo Fernández Jurado exige un poco más de esfuerzo de los lectores que las anteriores (*El vino en bota y Avalado sea Dios*). No es que sea difícil, sino que si bien antes el relato era expuesto y el lector iba siguiendo esa senda, ahora la intención es la de que sea el lector el que vaya construyendo el relato, que vaya tirando de esas tres madejas y el receptor vaya tejiéndolas para terminar en tres historias, en tres narraciones que devienen en una sola. Es una única historia, quizás la de casi todos los españoles; por este motivo, resulta este relato próximo, cercano y, en definitiva, emotivo.

Es asimismo una característica del autor que los hechos de sus novelas se sucedan con un ritmo familiar, sin abruptos saltos ni largas detenciones descriptivas, por lo que la lectura resulta amena y entretenida y el reto que el autor nos propone, fácil de superar.

Sin embargo, no deja de ser *Madrugada sin retorno* la obra más lírica de su autor. A la narrativa en tercera persona se le une esta vez la lírica primera persona, y esta novela es nutrida por abundantes personificaciones y, como no podía ser de otra manera, por el recurso más utilizado desde principios del siglo xx: la metáfora.

Por último, es importante mencionar que Eduardo Fernández Jurado tiene acostumbrados a sus lectores a historias en las que el viaje es su elemento principal: *Avalado sea Dios* es un viaje de búsqueda al estilo de la leyenda de Jasón y los Argonautas, y un viaje de regreso al estilo de la *Odisea*; *Madrugada sin retorno* no es un viaje geográfico, sino cronológico: un viaje en el que la memoria recorre setenta años luchando contra poderosos enemigos, el mismo paso del tiempo y, sobre todo, las políticas del gobierno y de la propia población, políticas antirrepublicanas en principio y contra la Ley de Memoria Histórica, después. Pero la memoria se convierte en un sagaz detective que inicia un indagatorio recorrido de examen y pesquisa; es esta una investigación en la que no pueden faltar los archivos, los testigos, los entornos, los responsables, las víctimas...

Estos aspectos se ven encarnados en los personajes: la antítesis olvido-recuerdo es vivida por personajes que pretenden recordar y otros (¡incluso dentro de la propia familia!) que creen que es mejor olvidar; la investigación es encarnada por los propios protagonistas de la historia que no dudan en satisfacer el deseo de nuestro moribundo personaje principal. Todo ello hace que conceptos abstractos y tan propios de la lírica más oscura como *memoria, investigación, muerte*, tomen vida y devengan en cercanos, asequibles y fáciles para los receptores.

En definitiva, la Memoria Histórica se convierte en algo de lo que no podemos escapar, un cicatrizante necesario para sanar las heridas que este país aún sufre, único suministro que puede servir y aportar lo imprescindible: dignidad, honor... PAZ.

*Sergio Olid Heredero*

## INTRODUCCIÓN DEL AUTOR

**E**l camino de la memoria es sinuoso y empedrado cuando ha sido adormecido por la anestesia del miedo. Relatos de mayores, contados al calor de una chimenea en invierno, o al relente de la brisa que calme el calor en verano. Contados a media voz, de oreja a oreja, para que no se expandan más allá del corro de confianza que crean los presentes. Recuerdos que están en las alacenas del olvido, cual pucheros viejos de barro que ya han cumplido su cometido y que solo sirven para adornar. Sin tocarlos, solo mirarlos, con añoranza, porque el paso del tiempo los ha dotado de la vejez que provoca que se puedan agrietar y se derramen las historias que aún están por cerrar.

Miedo que se alargó, que aletargó el recuerdo, que arrinconó la memoria que nunca debió volverse senil. Memoria que apenas se delegó de padres a hijos, para no hacer del sufrimiento una herencia yerma, que lo único que pudiera engendrar fuera rencor y odio.

Infancias sin memoria, pese a la presencia en los relatos, pero nubladas por el consabido consejo paternal: *Tú oír, ver y callar y de esto chitón*. Siempre acompañados por el gesto de la cremallera que cierra la boca. Recuerdos que revolotean, que son retales de nuestras vivencias, que magnifican lo vivido, lo añorado, incluso lo soñado. Que están ahí, para recordarnos que tuvimos un pasado impregnado de historia que no se puede ignorar porque se enquistó, y al final llega el olvido.

Olvido que se envolvió en lágrimas, creando una distancia que el tiempo marcó. Que se trata de recuperar a través de la memoria que queremos avivar, para acortar el tiempo, para hacerla presente aportando lo que nunca debió faltar: el recuerdo.

Recuerdo que nos llega a través de la memoria maniatada, obligada por el adoctrinamiento recibido en las escuelas de paredes



presididas por crucifijos custodiados por retratos de jerárquicos señores. Pizarras enlutadas, donde el maestro plasmaba —más con convencimiento adoctrinado que con sabiduría—, el ideario a seguir, para crear en las mentes sin labrar una forma de pensar encorsetada en una sola idea.

Idea que se ensalza en la construcción de mausoleos, construidos por manos que un día lucharon por la libertad, para abocarnos al olvido y suplantar la memoria libre.

## LA ESPANTÁ. HISTORIA DE UNA DECEPCIÓN

Que mi madre tirara de mi para que no me detuviera cuando pasábamos delante de aquel edificio, no era impedimento para que yo no despegara mis ojos de aquellas mujeres que se asomaban a sus ventanas. Nunca me dijo que hacían allí, ni que era ese edificio, pero a pesar de mi corta edad, yo lo sabía... Era la cárcel de mujeres de Ventas.

No solo ese edificio atraía mi atención. A unos doscientos metros de nuestra casa estaba la Plaza de Toros. La proximidad del famoso coso y la afición de mi padre, crearon en mi el deseo de ser torero y mas cuando me dijo que yo me llamaba Ángel Luis por su torero favorito: Ángel Luis Bienvenida. Poco hizo falta para que se derramara mi imaginación. Felipe, un gallo que yo crié y enseñé a envestir a un delantal de mi abuela, fue suficiente para montarme mis corridas de toros en las que la chiquillería me aplaudía y aclamaba al grito de ¡ole! y ¡torero! Pero todo se truncó, para desilusión de mi padre, el día que me llevó a una capea y salí *espantao* al ver de cerca los retoños cuernos de un tierno becerro. Ya no quería ser torero y mis deseos profesionales tomaron otros derroteros.

La prisión de Ventas, la Plaza de Toros, el gallo Felipe y la cara de decepción de mi padre, cuando le dije que ya no iba a ser torero, sino que quería ser Guardia Civil, nunca desaparecerán de mi memoria.

## LA ENFERMEDAD

La lluvia moría en el asfalto de la amplia campa, donde los *trailers* maniobraban para acularse y descargar sus mercancías. Los goterones, que caían del techo de la nave, creaban una cortina intermitente de agua en las puertas de los muelles de carga y descarga. El día era gris, ideal para que brotara en mí la nostalgia, porque atrás quedaban cuarenta años de trabajo que la enfermedad había truncado. Me quedé mirando el empapado patio, y la memoria me transportó a mis diecisiete años, cuando entré a trabajar como mozo de almacén, recomendado por un amigo de mi padre. Una amalgama de recuerdos que iban desde mi primer día de trabajo, pasando por el primer sueldo con el que le compré una cruz de oro a mi madre, que ella no se había quitado desde entonces, hasta la tarde antes en la que había firmado mi jubilación anticipada. También, la mañana que nació mi hijo Alex, que salí corriendo loco de contento, sorteando todo lo que encontraba a mi paso en busca de los vestuarios, cuando me dieron la noticia de que mi mujer, Rita, había dado a luz. Miles de anécdotas alimentaron mi mente, que al igual que las gotas que creaban los charcos, desaparecerían con el paso del tiempo, pero que regresarían de vez en cuando; como la lluvia.

Mi destino dentro de la empresa ya no estaba en los muelles. Los últimos años los había pasado en las oficinas de logística, pero siempre que podía me escapaba, aunque fuera cinco minutos, a ver el movimiento de los camiones: como se retorcían para acular, escuchar el ruido que provocaba el aire al ser aplicado el freno de mano, oler la mezcla de humo, gas-oil y goma caliente... Todo un cóctel de sentidos que a mí me agradaba, que solo percibía en el lugar donde había crecido y forjado como un hombre. Ese lugar era la nave. Crucé la puerta y salí por última vez, dando por finiquitada una etapa, que se había truncado por la enfermedad heredada de mi padre: cáncer de colon.

Su enfermedad me robó la preocupación por la mía y también dejó en un segundo plano mi nueva situación de jubilado. Lo que más deseaba era pasar el mayor tiempo posible con mi padre. El cáncer poco a poco le estaba ganando la batalla, debido a que se lo diagnosticaron demasiado tarde. El compartir enfermedad nos acercó, y desde que era niño, no recuerdo haber pasado tanto tiempo a su lado. Muchas tardes iba a visitarlo, y hablábamos de los tiempos pasados, de cuando era joven y de la guerra. No le preguntaba por su enfermedad, eso se lo dejaba a Rita, que lo hablaba con mi madre por teléfono.

La guerra llenaba gran parte de nuestras amenas charlas. Sentía que todo lo que me contaba me atrapaba. Nunca había tenido curiosidad por lo acontecido en aquellos años. ¿Por qué ahora sí? ¿Me estaría haciendo mayor? ¿Sería la proximidad de su muerte lo que aceleraba mis ganas por saber? Eran un montón de preguntas las que yo me hacía y que dejaba sin respuesta, pero su pasión contándome lo que él vivió me cautivaba y me transportaba como si yo lo estuviera viviendo.

Lo que narraba me proporcionaba más preguntas que me crearon una obsesión: ¿por qué una guerra? ¿para qué? ¿por qué esa herida no se cerró? Cuando volvía a casa leía libros y buscaba en internet, pero aunque encontrara todo tipo de explicaciones sobre las causas, motivos y desarrollo de aquellos años fatídicos para España, no era igual que cuando me lo contaba mi viejo; así era como yo le llamaba a escondidas. Me narraba sus vivencias, que aunque eran escuetas y no dejaban de ser las mismas siempre, me servían para hacerme una idea casi real de lo ocurrido.

—¿A su hermano lo mataron en la guerra? —levantó las cejas cuando le pregunté, el movimiento fue rápido y denotaba sorpresa, pero a su vez parecía que le ayudaba a recordar.

—Mira, Ángel, a mi hermano le fusilaron cuando acabó —recalcó.

—¿Qué diferencia hay entre matar y fusilar?

Esta novela narra la historia de Pablo, “alcalde republicano”, pero podía ser la de cualquiera de los 2936 represaliados del franquismo que fueron fusilados entre 1939 y 1944 en las tapias del Cementerio del Este de Madrid.

El 1 de abril de 1939 terminó la guerra civil española, pero comenzó la erradicación medida y calculada de miles de partidarios de la República.

El nuevo régimen impuesto se encargó de depurar a los defensores de la libertad, mediante los juicios sumarísimos que se sucedieron durante aquellos trágicos años, sin garantía judicial para los acusados. Uno de los fines que se buscaba era adormecer la memoria.

ISBN-13: 978-84-9744-275-6



9 788497 442756